

el precio de una educación cristiana: ¿cómo debería serlo la vuestra bajo la dirección de un jefe en quien hallais ejemplos de piedad en apoyo de sus sabias lecciones?

«Con disposiciones semejantes, tengamos, señores, ánimo i confianza: pongamos con franqueza al servicio de la causa común lo que cada uno tenga de inteligencia i de medios. Dios hará lo demás.

«Jamás ha dicho un francés: «todo se ha perdido», pero sobre todo, si es cristiano, ni aun lo ha llegado a imaginar.»

ELOJIO FUNEBRE

Del Ilmo. señor D. Juan de la C. Gomez Plata, dignísimo Obispo de la diócesis de Antioquia.

Pronunciado ante el cabildo eclesiástico, por comisión del mismo, en las honras que celebró este el día 10 de diciembre último.

Justitia elevat gentem.
La justicia eleva una nación.
ov. c. 14, v. 34

Proponer ejemplos de política en una asamblea de religión, proponer máximas de religión en una asamblea de política, son cosas que parecen igualmente poco sensatas. Distinguese de tal modo al hombre cristiano del hombre de Estado, que se les mira como dos personajes opuestos. Parece que Jesucristo, dándonos la idea de una sociedad más noble que la que nosotros formamos sobre la tierra, nos hace prevenir las miserias de esta, enseñándonos, que no podrán llegar a la verdadera gloria las Repúblicas ni los imperios, violando las leyes de la justicia i la equidad, i quebrantando las de la religión i la Iglesia. Yo me propongo en el elogio fúnebre del Ilmo. Sr. Obispo Juan de la C. Gomez Plata, hacer conocer la armonía de la religión con la política, estableciendo esta proposición: «Que no hai nada en la religión que se oponga al fin de una sabia política, así como no puede haber una sabia política que se oponga al fin de la religión. Es el más sabio de todos los reyes el que nos da esta lección. El nos habla del engrandecimiento de una nación: ved aquí el fin de la política. Nos habla de la justicia: ved aquí el fin de la religión, o diré mejor, la religión misma. El nos dice que esta es el fundamento de la otra: ved aquí, señores, el acuerdo de la religión con la política. La justicia, dice él, es la que eleva una nación: *Justitia elevat gentem*. Para ilustrar i probar estas verdades me propongo identificar los principios con la conducta i la vida pública del ilustre prelado, cuya memoria honramos, i cuya pérdida lamentamos, como una personificación muy exacta de los principios en que la proposición general se apoya. Considerémosle pues, como sabio, como patriota, como prelado de la Iglesia. Para ello traeré las cosas desde su origen, discutiendo sobre la influencia de este prelado-ciudadano sobre la Iglesia i los negocios públicos de su patria, i presentando la virtud en acción en el prelado antioqueño, para escusar lugares comunes de moral frecuentemente usados.

En los tiempos de la República, en Roma, los elogios fúnebres fueron la recompensa de las virtudes i el precio de los servicios, sosteniéndose así por el amor de la gloria el espíritu republicano que se funda en la virtud. Pero celebrando yo al prelado que la Iglesia i la patria lloran, no será un vano elogio el que emprenderé. ¿Qué importan a sus cenizas insensibles nuestros lamentos i nuestras alabanzas? Algunas verdades útiles a aquellos que como él, son destinados a gobernar i a influir en los negocios públicos, honrarán más su memoria que las lágrimas que nosotros pudiéramos derramar sobre su tumba. ¡Oh vosotros que le llorais! este es el homenaje más digno de él. Ilustrando mi tema, yo me propongo dar cuenta a la religión, a la Iglesia i a la patria de

de sus trabajos, de su vida, de todo lo que hizo i habría hecho por el bien i el sostenimiento de la una i de la otra. El trabajó por todo; pero aunque no hubiera tenido otros jéneros de merecimiento diferente i solo hubiéramos de alabar sus virtudes morales i severas, ya como sacerdote, ya como ciudadano, su memoria no sería por eso menos respetada i querida. ¿Qué había hecho por Roma aquel Germánico cuyo nombre es aun en el día tan célebre? El obtuvo algunas victorias, pero no había hecho nada por la dicha de Roma. Él fué virtuoso: ved aquí su gloria. Todos los romanos le lloraron. Los enemigos mismos del imperio no fueron indiferentes a su muerte, i la pluma de Tácito trazó sus virtudes a la posteridad. Inclinando la cabeza delante de ese grande escritor, yo no aspiro respecto del prelado antioqueño, sino a igualarle en el amor a la virtud. Yo tendré a lo ménos el honor de imitarle, alabando un Pontífice i un ciudadano, que ha pasado tantos años haciéndose más i más digno de nuestra veneración i amor. Mas en este elogio yo no diré nada que no sea dictado por mi adhesión al bien público i a la santa causa de la religión i de la Iglesia; nada de que pudiera avergonzarme delante de Aquel que vé i penetra los corazones. Entrarémos, pues, en materia.

Las naciones cultas, señores, las naciones que se han civilizado a la luz del catolicismo, no han sido grandes ni prósperas, sino por su *justicia*. *Justitia elevat gentem*. Estos mismos sentimientos de justicia, habrán de salvar la República democrática de los Estados Unidos, i salvarán i elevarán las Repúblicas democráticas, hijas de la Monarquía de Recaredo. Pero no es para hacer un elogio que yo he escogido el texto que me sirve de proposición general, sino para mover a los católicos ciudadanos de Nueva Granada a meditar sobre los medios de conservar i aumentar nuestra nascente elevación. ¡Feliz yo si viera realizados mis votos! Felices todos nosotros si contribuimos por nuestra equidad i justicia, aunque no segun la estension de nuestros deseos, a lo ménos segun los límites de nuestras luces, a la gloria de este Estado. Ya he dicho, señores, que haciendo el elogio del Ilmo. Sr. Obispo Dr. Juan de la Cruz Gomez Plata, me proponia presentarle como el modelo de la justicia que eleva una nación, i la personificación de la armonía i alianza de la religión con los principios de una sabia política. Conozcamos pues, al prelado Antioqueño desde su cuna, i conociéndole recorramos, en el camino de su existencia mortal en la tierra, el camino de la sabiduría, el camino del patriotismo i el camino del celo apostólico en sus miras grandes i elevadas.

Si la distinción del nacimiento en las Repúblicas e instituciones populares no es una quimera i tiene alguna cosa de real, es cuando los progenitores han sido virtuosos, porque la sucesión de las dignidades es nada comparada con la del mérito. Juan de la Cruz Gomez Plata, rodeado en su cuna de parientes virtuosos i patriotas, recibió al nacer esta noble herencia del patriotismo i la virtud.

En el elogio de los grandes hombres evítase comúnmente en elevar la vista hacia sus primeros años, temiendo hallar en ellos pasiones que enubrir, o debilidades que escusar. Lejos de todo abandonó en su educación primera, el joven Gomez no daba en su juventud un paso fuera de los caminos estrechos de la sabiduría, apesar del fuego de su imaginación i de la vivacidad de su espíritu. El debió a este juicio anticipado, a su madurez precoz, no ménos que a sus talentos desde muy temprano ejercitados, la confianza que creció desde sus primeros años; pues no había llegado al fin de su carrera literaria, cuando ya se le vió en los colejos de catedrático de filosofía, i lo que aun es más singular en esa edad, de catedrático de Sagrada Escritura; i al fin de su carrera, sin tener 25 años, ejerciendo el grave oficio de censor, ya como pro-